

## SERMON

SOBRE

### EL CORAZON DE JESUS,

PREDICADO EN LA IGLESIA DE SAN LORENZO DE MEXICO

POR

el Illmo. Sr. Obispo de Tamaulipas

EL DIA 30 DE SETIEMBRE DE 1877.

*Concaluit cor meum intra me  
Mi corazon se inflamó dentro de mí.  
Ps. xxxviii, v. 4.*

Una es la doctrina de la Iglesia; uno el fundamento de su culto. Lo que Jesucristo nos enseñó, cuando vivió entre nosotros en carne mortal; lo que los Profetas dejaron consignado en sus divinos libros; lo que los Evangelistas después escribieron, y los Apóstoles predicaron, es lo que ahora enseña y practica, como lo hará hasta el fin de los siglos, la celosa Guardadora del Depósito de la Fe. La creencia en un solo Dios, trino en personas; la Encarnación del Divino Verbo; el sacrificio de la Cruz, perpetuado de una manera incruenta en la augustísima Eucaristía; hé aquí en qué estriban las diversas prácticas del culto cristiano, la liturgia que la Iglesia prescribe, las devociones que manda ó permite.

Pero del mismo modo que la Doctrina, aunque no

cambia ni disminuye, ni crece, presenta, sin embargo, diversas fases, (1) segun los errores que predominan, y conforme lo exigen los tiempos, siempre mudables, y las circunstancias tan varias de los fieles; así como algunos puntos del dogma, unas veces son predicados con alguna flojedad, y otras veces con mayor insistencia, así como muchas verdades, al principio proclamadas de viva voz, después se han escrito y definido; de igual manera, las prácticas del culto, las ceremonias, las devociones especiales, sin cambiar jamás en lo esencial, ni desviarse un ápice de lo prescrito por Nuestro Redentor, se adaptan á las diversas exigencias de los tiempos y los lugares, á las necesidades de los fieles, á la mayor ó menor libertad en que se deja á la Iglesia sacrosanta.

La Divinidad de Jesucristo es la base del cristianismo: ¿quién creará que no la enseñaron los Apóstoles, que no la predicaron con todo ahinco desde el principio? Pero no se explicó con toda su lucidez, ni se definieron los términos, las frases, las sentencias, con toda precision, hasta que los errores de Arrio, de Nestorio y de Eutiques hicieron necesaria la convocacion de varios concilios y la publicacion de diversos libros eruditísimos. (2) Todos habian confesado á Maria siempre Virgen; pero apenas hubo un impío que pretendiera arrancar esta joya á su corona, cuando con mayor empeño lo afirmó la Iglesia docente, y los fieles se consagraron á reverenciarla y adorarla mas que nunca. Desde la vez primera que Jesucristo en la Última Cena dió su propio Cuerpo y su propia Sangre en alimento y bebida, los Apóstoles tributaron al Sacramento de Amor el culto supremo que exigia tan augusto misterio; pero mas creció su esplendor y mas aumentaron las solemnes demostraciones de nuestra fe en la presencia real del Verbo Encarnado en la Eucaristía, cuando, no há muchos siglos, la herejía levantó su estandarte contra este dogma consolador.

(1) S. Vincent. Lirin. Commentoir. C. 23. S. Augustinus, De Civitate Dei, lib. 16, c. 2.

(2) Cf. S. Aug. Euarr. in Ps. 51.



La Santa Humanidad de Jesus unida hipostáticamente al Verbo Divino, fué, como era indispensable, objeto de la adoracion especial aun de los primeros discípulos del Salvador del Mundo; pero observad las diversas formas que tomó este culto, aun antes que el Señor ascendiera á su reino celeste. Los Magos se postran reverentes ante el Niño recién nacido en la gruta de Belen, y le ofrecen oro precioso, mirra escogida y aromático incienso. La mujer enferma se contenta con tocar la fimbria de su vestidura; y el publicano Zaquéo lo adora desde la copa de un árbol. Magdalena se postra á sus piés y los cubre con ósculos de purísimo amor; Juan reclina su cabeza sobre el pecho palpitante del Maestro; y Verónica enjuga el rostro lacerado del perseguido Redentor. José y Nicodemus tributan los honores fúnebres al cuerpo, inanimado sí, pero siempre unido á la Divinidad, y lo ungen con suavísimas aromas; y despues de resucitado, Tomás, apenas lo reconoce, lo aclama postrado su Dios y Señor.

La Iglesia, ya constituida, tributó desde luego su adoracion á la Humanidad de Jesucristo, como nos lo revelan los Santos Padres y monumentos eclesiásticos mas remotos; pero la forma del culto ha variado continuamente, dirigiéndose unas veces á la misma Humanidad considerada en su conjunto, y otras á alguno de los sacratísimos miembros que la componen. No hace muchos siglos que se estableció la fiesta llamada por excelencia del *Cuerpo de Cristo*; y de fecha comparativamente reciente es la devocion á las manos de Jesus y los piés santísimos perforados por los clavos; al costado que atravesó la lanza y de donde manaron (segun la expresion de los Santos Padres) los sacramentos salvadores; fiesta conocida con el nombre de las *Cinco Llagas*.

Faltaban pocos años para espirar el siglo XVII, cuando por revelacion de Jesucristo mismo, hecha como acostumbra, á uno de los pequeñuelos del siglo, (1) empezó á adorarse con particular devocion el Corazon amantísimo

(1) La Bienaventurada Margarita Maria de Alacoque, monja desconocida entonces, en el monasterio de Paray-le-Monial, en Francia.

de nuestro Redentor. En medio de contradicciones, como acontece siempre á cuanto viene de lo alto, creció este culto, antiguo en el fondo, pero nuevo en la forma, y no há muchos meses que el mundo entero y en particular nuestra patria, eran consagrados, por órden del Supremo Gerarca, al Corazon divino de Jesus. Obedientes á las soberanas órdenes del infalible Pontífice, aumentásteis vuestra devocion hácia ese foco sacrosanto de amor ardentísimo, os reunísteis en piadosas congregaciones á su servicio especial dedicadas, y fruto de vuestro afan por calentaros á ese fuego celeste, es la presente festividad á que os habeis dignado invitarme. ¡Con qué placer he acudido á vuestro llamamiento! ¡Con cuánto júbilo he venido á encenderme yo tambien en esa lumbré vivísima que inflama el Corazon de nuestro Padre, de nuestro Redentor, de nuestro dulce Jesus! Bien comprendéis, hijos míos, que siendo tan alto el fin que nos proponemos, y habiendo sido esta devocion especial desconocida de nuestros mayores, importa mucho fijarnos en el objeto de este culto tan grato, saber qué adoramos, á qué nos dirijimos al invocar y al consagrarnos al Corazon ardiente de Jesus. Este será el primer punto de mi discurso. Conocer las circunstancias que han movido á la Iglesia á extender la nueva devocion y á propagarla con tanto ahinco; penetrarnos bien de nuestro deber en tal materia; trazar los rasgos característicos de esta devocion, tal como se ha establecido recientemente, ó investigar lo que ha de distinguir al adorador del Corazon de Jesus de los demas fieles, por devotos y piadosos que sean; hé aquí el tema del segundo punto.

El corazon inmaculado de la Virgen Madre, único que la Iglesia nos permite adorar junto al de Jesus; que latió tantas veces unido al Corazon del Verbo humanado; que triunfante de la muerte y del sepulcro, palpita actualmente en el cielo, de amor hácia los hombres, de amor hácia su Hijo Divino, de amor hácia la Trinidad Sacrosanta, nos sirva de intermediario para con el Cora-



zon de nuestro Redentor, y los destellos que de él emanan, purifiquen mis labios cual los de Isaías.

Invocadla, hijos míos, invocadla conmigo. AVE MARIA.

I.

La nave de la Iglesia está destinada á bogar continuamente por un mar borrascoso. Jamás el viento soplará favorable á su popa; jamás las ondas se aplacarán bajo su quilla. No solo se ve acometida por huracanes decididamente contrarios que detengan su curso, sino que muchas veces aun las brisas que parecen bonancibles, la agitan de un lado y otro con indecible furor. Apenas, á la voz del infalible Piloto que Jesucristo mismo ha colocado junto al timon, izamos las velas de modo que el viento de costado no desvie nuestro rumbo, cuando del lado opuesto llega otro soplo mas fuerte, que destruye el fruto de nuestras fatigas y nos obliga á trabajar con mayor empeño, y en sentido contrario á las maniobras que acabamos de ejecutar.

El misterio de la Encarnacion, quizá mas que ningun otro dogma, nos suministra un ejemplo patente de ese continuo navegar entre dos aguas y entre dos vientos, de esa incesante lucha con errores opuestos entre sí, al par que contrarios á la verdad, con exageraciones y herejías que nos agitan en sentidos opuestos, sin que podamos, si no es á fuerza de una vigilancia á toda prueba, y de un trabajo impropio y sin tregua, seguir el rumbo que nos ha marcado el Celestial Timonel.

¿Para qué fatigaros con citas históricas ni discusiones teológicas? Bien recordais que Nestorio enseñó y sostuvo con herética pertinacia, que en Cristo habia dos personas unidas entre sí tan solo moralmente. Lo condenan Concilios y Pontífices, y salta contra él á la palestra el

arquimandrita Eutiques; pero tal es el furor de éste contra la herejía Nestoriana, que cae en un error diametralmente opuesto á aquella, y predicando, no solo una persona, sino una naturaleza únicamente en el Verbo Encarnado, incurre él á su vez en el anatema de la Iglesia. Llegan algunos declarando el cuerpo de Jesus fantástico, y á guisa de sombra; salen otros pregonando que no solo el Hijo de Dios Vivo, sino aun el Padre Eterno padeció por nosotros.

El culto al Sagrado Corazon de Jesus, intimamente unido al misterio de la Encarnacion, no podía menos que padecer vicisitudes muy semejantes. Apenas trata de establecerse, cuando encuentra grandes opositores. Quien acusa á los que lo practican de una especie de crueldad, cual si separaran el Cuerpo de Cristo de su entraña mas noble, para tributar á esta una adoracion indebida; quién por el contrario, declara que es un culto meramente simbólico; quién llega á negar que deba venerarse con culto supremo la Humanidad santísima de Jesus. A despecho de todos, la Cátedra infalible de Pedro aprueba primero, establece, ordena y extiende el culto al Sagrado Corazon del Redentor, y los fieles lo aceptan con júbilo y lo practican con alegría; pero no falta, aún entre ellos mismos, quien dé señales de ir mas allá de lo justo, y muestre tendencias de querer lanzarse por rumbo diverso, sí, del que siguen los enemigos de Cristo, pero que no es el que señala la brújula segura de la Iglesia. Hé aquí por qué insisto tanto en que os fijéis, vosotros especialmente que formais la nueva Compañía del Corazon de Jesus, en el objeto de vuestro culto.

¿Qué cristiano ignora que á Jesucristo, en cuanto Dios, se le debe el culto supremo llamado de *latría*, que solo á la Divinidad nos es lícito tributar? Pero ¿se le debe el mismo culto en cuanto hombre? ¿Podemos rendirlo á su santísima Humanidad? Oid, oid al Espiritu Santo hablando por los labios del Apóstol San Pablo:

“Teniendo (Jesucristo) la naturaleza de Dios, no fué



por usurpacion, sino por esencia el ser igual á Dios; y no obstante se anonadó á sí mismo tomando la forma ó naturaleza de siervo, hecho semejante á los demás hombres, y reducido á la condicion de hombre. Se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de crur. Por lo cual Dios tambien lo ensalzó sobre todas las cosas, y le dió nombre superior á todo nombre, á fin que al nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno.» (1)

¿Y qué nos dice á este propósito la Iglesia por sus Concilios y sus Padres? La Basílica de Alejandria, en cuyo recinto se hallaba congregado el Concilio contra Nestorio, resonó con los famosos anatematismos del Santo Patriarca Cirilo, en uno de los cuales se manda tributar al Verbo encarnado y á su carne un solo honor y una sola glorificacion; (2) á quien tal negare, condena el Concilio de Letran, bajo Martin I; (3) y el gran San Atanasio, (4) con su lucidez acostumbrada, nos lo explica diciendo: «No adoramos una cosa creada. Léjos de nosotros semejante aberracion; dejemos tal absurdo á los gentiles y á los herejes arrianos. A quien adoramos es al Verbo Divino, Señor de las cosas creadas, hecho carne en el seno de la Virgen Purísima.» ¿Qué mayor claridad, que la que hallamos en las breves palabras del insigne Padre? En efecto, la humanidad queda unida al Verbo eterno tan íntimamente, que no forma sino una persona. ¿Y como negaremos el culto supremo á esa naturaleza, humana sí, pero que subsiste en el Verbo, y pertenece al Verbo? La adoramos, empero, no en sí propia, no por sí misma, sino «como unida á la Divinidad, y porque las dos naturalezas de Cristo se reducen á la única persona del Verbo de Dios y á una sola subsistencia. ¿Acaso te meis introducir la mano entre las brasas, por causa del carbon que dá pábulo á la lumbre? Lo que revelais es el fuego; y por él no os atreveis á tomar la leña seca que lo

(1) Philip, II; 6 seqq.—(2) Anathem. 8.—(3) Ses. 4, can. 9.—(4) Epist. ad. Adolph.

nutre. Así nosotros adoramos las dos naturalezas de Cristo, por causa de la Divinidad unida á la carne.» Estas palabras y la enérgica y bella comparacion que acabo de citaros, son del insigne San Juan Damasceno, (1) y veis por ellas que la union llamada hipostática, es la causa de que adoremos á Dios en cuanto hombre, de que rindamos culto á su santísima Humanidad. ¿En qué consiste esta union del Verbo con la humana naturaleza? ¿Se verificó tan solo de un modo genérico, ó con todo el Cuerpo sagrado y á la par con cada uno de los miembros y entrañas que lo componen? Fijaos en ello, que es de suma importancia para el asunto que nos ocupa.

El Verbo Divino, para redimirnos y padecer por nosotros, asumió la humana naturaleza, íntegra y perfecta. (2) Tomó en las entrañas de Maria un cuerpo como el nuestro, compuesto cual el de todos los hijos de Adán, de carne y de huesos, de sangre y humores, y con una alma ni mas ni menos que la del resto de los mortales. Pero esta humanidad, que habria podido subsistir por sí sola, si no hubiera sido destinada á fines tan altos, fué unida al Verbo desde el primer instante de su existencia, tan íntimamente y de tal suerte, que solo por El subsiste, que forma con El una sola persona, ó *hipóstasis*. Por esto fueron de infinito valor y de infinito mérito todas las acciones de Cristo; por eso la efusion de su preciosa sangre pudo rescatarnos del demonio.

¿Y cómo no creer que esta divina sangre estaba próxima ó hipostáticamente unida al Verbo, cuando lo oímos exclamar en la Ultima Cena: «Esta es mi sangre, que será derramada por vosotros.» *Hic est sanguis meus quod pro vobis effundetur?* cuando el apóstol Pedro (3) nos dice: «El precio de vuestro rescate, no ha sido el oro perecedero, ni la plata corruptible; la preciosa sangre de Cristo os ha redimido. *Non corruptibilibus auro et ar-*

(1) De Fide Orthod, lib. 3, c. 8.

(2) Véase Santo Tomás y todos los Teólogos, tract. de Incarnatione.

(3) 1.ª Petri I, 18.



*gento redempti estis, sed pretioso sanguine quasi agni Immaculati Christi?»*

Unido del mismo modo estaba el Verbo á aquel pecho (1) en que se reclinó Juan, y á las plantas que besó Magdalena; á aquellos ojos cuya mirada hizo caer de espaldas á los sayones y llorar sus culpas á Pedro; á aquellas manos atravesadas por los clavos y á aquellos huesos, que como había anunciado el Profeta, á nadie fué dado quebrantar.

Próxima ó hipostáticamente, como ya vuestra piedad os lo sugiere y enseña, aun antes de escuchar mis palabras, próxima ó hipostáticamente se unió la Divinidad á aquella entraña, noble entre todas las entrañas, sin la cual es imposible al hombre la existencia, sede principal de los afectos, centro de ese admirable sistema sanguíneo, ó como hoy le llaman *irrigatorio*, que preside á la vida del cuerpo. Con razon, pues, lo adoramos; con razon adoramos la persona del Verbo Divino encarnado en su Corazon.

Ya comprendéis cuán diferente es nuestro culto de esos honores que tributamos al corazon muerto y separado de un héroe que lo lega como memoria á alguna ciudad ó á algun templo de su predileccion. No es ni siquiera comparable á la reverencia con que miramos las reliquias del corazon de Felipe Neri, por ejemplo, tan inflamado de amor divino que no le cabía dentro del pecho; ó del de Wenceslao de Bohemia, tan encendido de amor celeste que calentaba hasta la nieve donde estampaba el santo sus huellas. No, hijos míos, adoramos al Corazon de Jesus; vivo, palpitante, inflamado de amor por nosotros, dentro de aquel cuerpo formado en el seno de Maria, resucitado de entre los muertos, y colocado ahora á la diestra del Eterno Padre. ¡Ah! Si los ángeles mismos, como hallamos en piadosas revelaciones, (2) recorrieron el Huerto y el Calvario, la calle de la Amargura y el Pre-

(1) Véanse los Teólogos, *ubi supra*.

(2) Véase La Puente entre otros.

torio, cogiendo reverentes las gotas de sangre que habia vertido el Redentor para unir las al cuerpo, próximo á salir de la tumba; ¿no nos postraremos nosotros llenos de amor y reverencia ante aquel Corazon de que emanó esa Sangre preciosa que nos redimió y circulaba por las venas del Dios humanado?

¡Cuántas veces habreis oido hablar en la Escritura de la Mano poderosa de Dios, de la Diestra divina que domó el poder de sus enemigos, que hizo pedazos los broqueles y redujo á cenizas los dardos del Filisteo. Recordareis que en el libro del Génesis, poco antes de la narracion del diluvio, nos dice Moisés: que «viendo Dios ser mucha la malicia de los hombres en la tierra, y que todos los pensamientos de su corazon se dirigian al mal, pesóle de haber creado al hombre, y penetrado su corazon de un íntimo dolor: lo raeré, dijo, de la faz de la tierra, *et tactus dolore cordis intrinseco.*»—No ignorais de qué corazon y de qué diestra se habla en estos y otros pasajes semejantes del Antiguo Testamento. Es todo figurado, para mejor impresionarnos, y hacer comprender á nuestro limitado entendimiento, los elevados conceptos que de otra manera no penetrarian en nuestra mente; pero Dios, Espiritu puro, no tiene ni miembros ni entrañas.

Guardaos bien, sin embargo, de creer que al proponernos por objeto de nuestro culto al Corazon de Jesucristo, quiera la Iglesia que lo adoremos tan solo como un vano emblema, como un mero símbolo, fantástico y sin realidad, de las virtudes y afectos que en el Verbo Encarnado respandecieron; no, hijos míos, adoramos al Corazon material, verdadero y real de nuestro adorable Redentor; adoramos, os lo diré otra vez, al Verbo Divino encarnado en su Corazon. Pero no lo veneramos separado del resto del Cuerpo, ni lo consideramos aislado, y en cierto modo como muerto. Léjos de eso, lo adoramos como símbolo de su ardentísima caridad, y de su inmenso amor hácia los hombres; como foco de vivísima lumbre que lo inflama y consume; como centro de man-



sedumbre y de infinitas virtudes; como asiento de sus divinos afectos.

No es de nuestra incumbencia tratar de asuntos fisiológicos, ni demostraros lo absurdo de los argumentos que cierto impío (1) aducía á fines del siglo pasado contra la devocion que hoy nos ocupa. «Estableced mejor, decia con sarcasmo, estableced una festividad en honor del cerebro ó del sistema nervioso de Jesus: á estos órganos mas bien que al corazon, pertenecen los afectos y las pasiones.»

Pero notad bien, hijos míos, que todos los pueblos y en todos los tiempos han considerado al corazon como un órgano que posee una influencia inmensa en los fenómenos de la vida. No solo preside á las funciones meramente animales y nutritivas, sino que está íntimamente ligado á las funciones morales é intelectuales. Bajo la influencia de ésta sus palpitations se aceleran, adquieren intensidad, y la circulacion se vuelve mas activa. Sobre todo, es absolutamente incontestable la sensibilidad de este órgano á los afectos amorosos. El amor lo calienta, lo inflama, lo saca, si así puedo expresarme, de quicio.

Mas no son estas razones, meramente naturales, las que han inducido á la Iglesia á hacernos venerar el Corazon de Jesus, como centro y foco de su amor hácia nosotros. Abrid los Evangelios, y hallaréis que el mismo Salvador Nuestro, propuso su propio Corazon como sede de sus piadosos afectos. «Aprended de mí, dijo, que soy maño y humilde de corazon: *discite a me quia mitis sum et humilis corde:*» en el Cantar de los Cantares dice el Esposo, figura y tipo de Cristo: «has herido de amor, oh Esposo, oh hermana, mi tierno corazon: *Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa,*» y en el libro de los Proverbios, nos dice: «hijo dame tu corazon, dame tu amor. *Præbe fili cor tuum.*»

Hé aquí por qué nosotros, conformándonos al lenguaje de los Libros Santos y á las palabras amorosas de Jesus,

(1) Grégoire.

colocamos en su divino Corazon el centro de su inmenso amor hácia los hombres, y lo veneramos de un modo especial para encender en su fuego el nuestro propio, y poder decir con el Salmista: «Mi corazon se inflamó dentro de mí. *Concaluit cor meum intra me.*»

Veis, pues, hijos míos, como el objeto *materiel* de nuestro culto, es el Corazon real y verdadero de Jesus; y el objeto *formal* como llaman los Teólogos, es el mismo Corazon, considerado como símbolo de su amor hácia nosotros.

Réstanos investigar por qué la Iglesia tardó tantos siglos en prescribirnos una devocion tan grata, y tan á propósito para encender nuestros afectos, y cuál ha de ser el lema, por decirlo así, de nuestro estandarte.

---

## II.

La historia del género humano, sobre todo desde la venida de Jesucristo, se puede compendiar en una sola palabra: *ingratitude*. Los mismos ejemplos de los Apóstoles y Mártires que dieron su vida por el Salvador; de los Monjes que se retiraron al desierto; de las Vírgenes que se conservaron immaculadas para el Cordero; de los Confesores que resplandecieron por su santidad y milagros, no son sino excepciones, que conforme al axioma admitido, sirven únicamente para confirmar la tristísima regla.

Y si ingratos y frios se han mostrado los hombres desde el principio; si la apostasia no ha sido rara, si las herejías han pululado, y el cisma ha existido desde la fundacion de la Iglesia, ¿por qué tardó tanto el Señor en mostrar su Corazon inflamado de amor é invitarnos á calentar los nuestros en esa hoguera divina? ¿Por qué no se mostró mejor cuando en el seno de los siete primeros



díaconos surgió la herejía, ó cuando el Arrianismo infestó el universo? Parece que cuando el torrente Mahometano se desbordó furioso invadiéndolo todo, convenia que el Corazon de Jesus se manifestase iluminando la tierra como faro de salvacion, y haciendo renacer las esperanzas casi perdidas de los fieles. ¿No fué grande la defeccion en tiempo del cisma de Inglaterra y de la herejía protestante? ¿Cómo, pues, en medio de tanta ingratitude y de tantas caidas, no esparció sus rayos el Corazon de Nuestro Redentor, ni nos mandó honrarlo cual ahora con especial culto, y hacerlo nuestra bandera y nuestra guia?

¡Ah hijos míos! A muy tristes comentarios se presta la consideracion que acabo de sugeriros. Grande y de nuevo género debe ser la apostasia moderna, para que Jesucristo haya hecho oír tan alto sus amorosas quejas, y lamentándose de nuestra ingratitude, en contraposicion con su amor infinito. Algo que no se ha visto, por lo menos en tanta escala, en las demás herejías y defecciones, ha de haber en la inmensa apostasia de nuestros tiempos. Algun mal terrible, extraordinario, mortífero, nos aqueja sin duda, para que haya hecho necesario un remedio tan grande, tan extraordinario, tan poderoso. No nos perdamos en conjeturas. Escuchemos á Jesucristo mismo hablando á su sierva Margarita Alacoque.

Hallábase la santa postrada ante Jesus sacramentado, un día de la Octava de la festividad por excelencia del Cuerpo de Cristo, cuando el Señor le dijo, descubriéndole su divino Corazon: «¿Ves este corazon que ha amado tanto á los hombres, hasta el grado de no omitir esfuerzo ni sacrificio, de arder y derretirse para mostrarles su inmenso amor? No recibo en cambio de la mayor parte mas que ingraticudes, en los desprecios, en las irreverencias, en los sacrilegios y en la maldad que muestran hácia mí en este Sacramento de amor. Pero lo que mas me allije, es que me tratan tan mal corazones á mí consagrados. Te pido, por tanto, que el primer Viérnes despues de la Octava del Santísimo Sacramento, sea dedi-

cado á una fiesta particular para honrar mi Corazon, y para reparar ese día, con la comunión, los indignos tratos que ha recibido miéntras ha estado expuesto en los altares. Yo te prometo que mi Corazon se ensanchará para derramar con abundancia la influencias de su divino amor sobre aquellos que le tributen este honor, ó procuren que se le rinda.» (1)

¿Cuán semejantes son estas palabras á aquellas proféticas siglos atrás por David, hablando en la persona de Cristo! «Si mi enemigo me hubiera colmado de improperios y maldiciones, si mi contrario me hubiese perseguido, afrentado, saturado de oprobios, menor habria sido mi pena, y habria llevado con resignacion mis tormentos y amarguras. Pero ser el blanco de la perfidia de aquel que he llamado amigo, á quien he favorecido y ensalzado, que por largo tiempo se ha sentado á mi mesa, y gozado de mi confianza y cariño.....¡oh! no hay dolor que á tal padecimiento se asemeje, ni consuelo que pueda mitigar tanta amargura. *Si inimicus maledicisset mihi, sustinuissem utique.....sed qui dulces mecum capiebat cibos!*» (2)

Hé aquí por qué cuando la Iglesia de Oriente cayó en el cisma, cuando el Mahometismo se apoderó de las tierras santificadas por el Redentor y destruyó las Iglesias de Africa, cuando la Inglaterra y la Alemania defeccionaron, no prorumpió el Señor en tan amargas quejas, como las que acabamos de escuchar. Favorecidas, sí, habian sido aquellas comarcas, grande y muy grande era su ingratitude; pero apenas guarda comparacion con los dones y gracias derramadas á manos llenas sobre los que ahora maltratan al Señor; con la frialdad y la ingratitude, la inconstancia y la culpa de los que hoy reniegan de Dios y de su Cristo.

Ved, si no, á la nacion que se jactaba de ser primogé-

(1) Véanse las Memorias y vida de la Santa.

(2) Ps. LIV, 15.



nita de la Iglesia, escogida por Dios para reconquistar su Sepulcro, para defender á su Vicario y llevar la luz del Evangelio á las regiones mas remotas. Ved como se lanza en pos de los placeres y del crimen, derriba templos y destruye altares, cómo se pone á la cabeza de la filosofía anti-cristiana, del ateismo y de cuanto hay de malo en el mundo moderno. Vedla cómo con sus veleidades y mudanzas abandona al Pontífice en manos de sus enemigos y desampara en todas partes á los cristianos que fiaban en su proteccion.

Allí mas que en ninguna parte, era preciso que el Señor exhalase sus quejas; allí de preferencia tenia que encender el fuego extinguido; allí antes que en el resto del mundo, era indispensable inflamar los corazones con el fuego del Suyo. Allí por tanto apareció el Señor á una hija de aquella nacion, aunque ingrata, siempre querida; de allí cundió el fuego sacrosanto que hasta nosotros ha llegado y á que procuramos calentarnos.

Hay otra comarca favorecida por Dios como ninguna; á quien primero entregó su Omnipotencia el dominio del Universo; á quien despues confió el cetro espiritual del Mundo Cristiano, agraciándola con la Sede del augusto Vicario de su Cristo; comarca regada con la sangre de infinitos mártires, sembrada de templos, salpicada, si así puedo expresarme, de altares. ¿Quién creyera que esta region tan privilegiada habia de volverse sañuda y feroz contra la cabeza de la Iglesia, y con ingratitud y estolidez sin nombre en los anales del mundo, esforzarse por sacudir el dulce yugo que formaba su gloria? Rudo ha sido el golpe, y que no ha podido menos que sentirse en los mas remotos confines del globo. ¡Ah! con razon se quejó Jesus, y quiso que con culto á su amante Corazon se reparasen tantas injurias y tamaños ultrajes. Con razon inspiró á su Vicario el sublime pensamiento de consagrarle el Orbe entero, como lo hizo no há mucho con aprobacion y júbilo universal. Al Orbe entero, en efecto, se extiende la apostasia, y el Orbe entero es menester que la repare. Oid, oid lo que mas de cerca os atañe.

Hubo un gran continente, ignorado al principio de los cristianos, pero destinado por Dios á producir grandes frutos de religion y de piedad. Apenas descubierto, abrazó con alacridad el Evangelio; apenas poblado se cubrió de santuarios y templos, de monasterios y piadosos institutos; apenas conquistado hizo germinar en su suelo flores de santidad. Las que antes eran comarcas incultas, ó habitadas por feroces pobladores, se convirtieron en breve en floridos verjeles de paz, de virtud, de religiosidad. El cristianismo se infiltró de tal modo en colonos y aborígenes, que parecia una planta sólida y fecunda, que nada podria, no digo desarraigar, mas ni siquiera doblegar.

Pero llegó el tiempo de la lucha, ¿y qué se hizo ese vigor? ¿adónde fué esa lozanía? ¿como desaparecieron esas raíces tan hondas del árbol de la religion? Vosotros lo sabeis mejor que yo, y yo por mi parte puedo aseguraros que lo que veis en torno vuestro es uniforme en toda la América Latina, hasta sus remotos confines meridionales. Los pueblos tan agraciados por Dios han defecionado en masa, y es empresa difícil el hallar quien sea verdaderamente católico. Por todas partes timidez, vacilacion, cobardia. Los intereses mas mezquinos se anteponen á los de nuestra religion sacrosanta, y no habeis á nadie de sacrificio. Casi lo único que queda de la religion que nos inspiraron nuestros padres, es el apego á algunas prácticas exteriores; pero si penetramos mas adentro, decidme vosotros: ¿hallaremos que el fondo corresponde á la superficie?

¡Adoradores del Corazon de Jesus! Esto por sí solo os indica cuál debe ser vuestro estandarte, cuál el distintivo que os corresponde. Grande es el mérito de la oracion, útiles en extremo las prácticas piadosas, y yo os las recomiendo con todo ahinco; pero no bastan en los tiempos que atravesamos. *Vine á arrojar fuego en la tierra, y ¿cuál es mi voluntad sino que se encienda? Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur.* (1)

(1) Luc. XII, 49.



Esto dice nuestro adorable Redentor mostrándoos su pecho inflamado de amor; ¡y permaneceréis quietos y ociosos? Energía, valor, actividad: hé aquí vuestro lema.

El Protestantismo os ha arrebatado ya ¡oh vergüenza! varios de vuestros templos; os está ganando muchas almas, que hasta aquí han pertenecido al gremio de la Iglesia. No despreciéis al enemigo: no digais que el Protestantismo es planta que no ha de germinar en países meridionales. Hace mas estragos de los que creéis, y una sola alma arrebatada al cielo, es acreedora á que hagamos mil esfuerzos por reconquistarla. Haced que ya no haya mas tráfugas de nuestro campo. Instruid bien á vuestros hijos, á vuestros dependientes, á vuestros criados: ya no podemos contentarnos con ese catolicismo fácil y suave de otros tiempos mejores, en que bastaba dejarnos arrastrar por el torrente que caminaba el templo, en que el clamoreo de las campanas despertaba á los mas ensordecidos. El ateísmo, la sensualidad, el indiferentismo y otros enemigos, mas temibles cuánto mas ocultos, os hacen continuamente la guerra. ¡Adoradores de Jesús! guardaos de entregaros á la inacción y al sueño.

Cuando tremendos castigos y amargos reveses empezaron á despertar de su letargo á la nación de que há poco os hablaba, se decretó erigir una Basílica al Corazón Sagrado de Jesús. Habló apenas la voz autorizada de los Prelados, cuando empezaron á acudir sin parar, el pobre con su óbolo, con su talento el rico; y solo en los cimientos se han invertido sumas que bastarian para construir un templo. Se trató de elevar la enseñanza católica á la altura de las circunstancias, é inmediatamente la influencia, el trabajo y los tesoros de esos cristianos verdaderamente fieles, fundaron no una sino varias universidades, dotadas y establecidas sobre sólidas bases. No os cito sino un ejemplo entre muchos. Decidme, católicos mexicanos, ¿os sentís capaces de imitarlo? Si apelamos á nuestra generosidad y entereza, ¿hallaremos valor y desprendimiento, ó como otras veces, apatía y vacilación? ¡Adoradores de Jesús! A vosotros toca iniciar la éra

de actividad y de energía cristiana, que quiere el Señor establecer en el mundo, y en especial en nuestra patria, para su regeneración y salud. Aunque seáis pequeños recordad lo que dijo el Señor á su sierva Margarita: «¿No sabes que me sirvo de preferencia de los mas débiles para confundir á los fuertes, y sobre los pobres de espíritu hago con mas brillo resplandecer mi omnipotencia para que nada atribuyan á sí mismos?» (1).

Otro tanto os dice á vosotros, y todo lo podéis en el Corazón á que os habeis consagrado. Os he recordado que palpité por nuestro amor, cuando Jesucristo vino á la tierra en carne mortal. Os hice notar que palpita por vosotros en el cielo, resucitado y triunfante de la muerte. He dejado para este momento el advertiros que lo tenéis muy cerca, y no en efigie ni en imágen, no como vana sombra ni figura, sino real y verdadero, palpitante y haciendo circular la sangre divina, en el Augustísimo Sacramento del Altar. Ahí late por vosotros, ahí arde en vuestro amor, ahí os invita á encenderos en su fuego. Ahí el Redentor os está continuamente repitiendo con el Rey-profeta: «Mi corazón se ha inflamado dentro de mí. *Concaluit cor meum intra me.*»

Aceraos, pues, á esa llama que nunca consume; y si el Crisóstomo os exhorta á retiraros como leones del Tabernáculo, cada vez que recibis la Sagrada Eucaristía, no lleveis á mal que yo os convide á salir de esa hoguera celeste, con la violencia y el furor sagrado con que las llamas, en alas del viento, abrasan los árboles, cunden por el bosque y devoran la floresta entera. Así cumplireis el ardiente deseo de Aquel que vino á arrojar fuego á la tierra, y solo quiere que se encienda, y El os bendecirá, no lo dudeis, como yo á mi vez os bendigo.

(1) *Ubi supra*



## SERMON

### DE LA EPIFANIA

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE PUEBLA

POR EL SR. CURA

**F. Luis G. Corral**

EL DIA 6 DE ENERO DE 1843.

*Prociðentes adoraverunt eum: et apertis  
thesauris suis, obtulerunt ei mýnera, aurum,  
thus, et myrrhan.*

*Los Magos postrándose adoraron al Niño, y  
abierto sus cofres, le ofrecieron presentes de oro,  
incienso y mirra.—S. Mat. c. 2, v. 11.*

#### Illmo. Señor:

Cuando celebramos, mis venerados oyentes las, festividades de los Santos, la memoria de sus virtudes debe acompañarse, conforme al espíritu de la Iglesia, con la reflexion sobre nuestras propias y privadas costumbres, para animarnos á conformarlas con aquellos modelos que se nos proponen. Cuando se nos recuerdan los misterios de la fe que profesamos, su consideracion debe excitar en nosotros pensamientos saludables acerca de nuestros deberes, propios tambien y privados, respecto de la Iglesia carólica que es el órgano por donde se nos comunica la divina revelacion. Mas la festividad de hoy formando por

si otra clase que participa de estas dos, trae consigo otras ideas, y nos hace presentes otras obligaciones.

La Epifanía, ó manifestacion del Señor, es la fiesta eucarística, ó de accion de gracias, de los pueblos que no descendiendo segun la carne, del que fué escogido por el Señor en los antiguos tiempos, han sido llamados, primero con aquel, y despues en su lugar, al conocimiento y al culto de Dios y de su Cristo. Hoy todas las naciones cristianas deben pensar atentamente que por gracia liberal del Todopoderoso, han sido incorporadas al rebaño que Jesucristo gobierna como pastor supremo y traer á su memoria lo que por tan grande beneficio de rigurosa justicia se les pide. Hoy las sociedades separadas del centro de la unidad católica, deben reconocer su extravío y las que permanecen fieles, afirmarse mas y mas en su fidelidad. Y siendo de este número, por nuestra dicha, la nacion á que nos gloriamos de pertenecer, nuestros corazones deben hoy palpitar con la dulce agitacion de una alegría pura, y verdaderamente patriótica, y tributar al Señor humildes gracias, porque llamó á nuestros antepasados de las tinieblas de una idolatría bárbara, á la luz de la verdadera religion, y porque en esta misma ha querido que nosotros naciésemos. No basta: debemos hoy ponderar los importantes deberes que por este motivo nos ligan en lo público con la religion.

A este último punto, como de mayor interees, pienso reducir mi discurso, presentandooslo, en las pruebas, de esta proposicion. *La conservacion y pureza de la religion debe anteponerse á todos los respetos y consideraciones humanas, y á todos los bienes y esperanzas temporales.* Ya veo que emprendo mucho, y con todo espero lograrlo, si me ayudais á implorar la gracia por medio de Maria Santísima, en cuyos brazos como en su mas digno trono recibió el niño Dios los homenages de los principes del oriente. AVE MARIA.

Un astro nuevo que se vió en los paises que están al oriente de la Judea, fué la señal de que se sirvió el Om-



nipotente para anunciar el nacimiento del Salvador del mundo, y tres personajes dedicados á la sabiduría, y, en opinion de algunos escritores, condecorados con la dignidad real, ó por lo menos distinguidos por sus riquezas y nobleza, entendieron desde luego el llamamiento divino. Dejaron sin demora sus casas y su patria, y tomaron el rumbo que su resplandeciente guía les señalaba. Penetraron en un país para ellos extranjero, y gobernado por un príncipe conocido por un genio suspicaz y violento, y sin tratar en ninguna manera de ocultarse, ocurrieron á la capital; y aun hablaron con el mismo rey Herodes sobre el objeto de su viaje. ¡Obediente y valerosa fe! Oyendo hablar Herodes de un rey de los judíos, anunciado por el cielo y á quien no conocia, recordó al punto la venida del Mesías, que los judíos cuya ley profesaba, esperaban: reunió á los doctores para saber de ellos el lugar donde debia nacer el unguido del Señor, y á una voz le contestaron que en la pequeña ciudad de Belén. Id, les dijo entonces á los Magos, informaos diligentemente de este niño, y avisadme para ir yo tambien á rendirle mis homenajes. El hipócrita impío habia formado en su corazón el designio de librarse de los temores que le causaba aquel anuncio, quitando la vida al que miraba como su rival. Teneis en estos hechos, mis amados fieles, el modelo de las consideraciones que los pueblos deben á la religion, contrapuesto, como la luz enfrente de las tinieblas, á la cobarde y tortuosa conducta que algunos espíritus alucinados ó impíos, querrian que se observase en asunto tan importante. Los príncipes sabios del oriente tratan, con sencillez y buena fe, de buscar aquel rey que por medio de la estrella se les anuncia, desprecian las murmuraciones á que podia dar lugar en sus propios países aquel viaje, se sobreponen á la prudencia humana que sin duda desaprobaba el que sin previo aviso á Herodes buscasen, dentro de su reino, un rey de los judíos para adorarle: no temen los zelos de aquel hombre sanguinario, y con él mismo tratan del asunto. Y bien, cristianos, si, conforme á la doctrina del

gran pontífice S. Leon, (1) debemos reconocer en los Magos que adoraron á Jesucristo, las primicias de nuestra vocacion y de nuestra fe: ¿qué imperio deberán tener sobre nuestro espíritu los usos, las opiniones, las murmuraciones y las burlas del mundo, cuando se trata de conservarnos ó perfeccionarnos en la religion? Me direis ciertamente que ninguno: que los verdaderos cristianos, con pronto y generoso ánimo, deben desempeñar aquellas obligaciones ó prácticas exteriores del culto de Dios que les corresponden, aunque tal vez sea necesario faltar á lo que de ellos exija, en iguales circunstancias, la sociedad en que viven. Me direis que la confesion y comunión anual, la asistencia á la misa y abstinencia de obras serviles en los días de fiesta, la moderacion en los vestidos y en los gastos, la separacion de los espectáculos lúbricos y diversiones pecaminosas; por mas que la multitud insensata, que llamamos mundo, las califique de cargas imprudentes, el verdadero cristiano debe apreciarlas y cumplirlas, como santas y obligatorias prácticas que nos imponen la religion. Me direis aun mas; que si el poner por obra con desembarazo y libertad cristiana estos importantísimos deberes, nos merece de parte de ciertas gentes aturdidas, incrédulas ó impías, los epítetos ó sobrenombres de supersticiosos, de fanáticos ó de preocupados, cerrando los oídos é inclinando la cabeza, debemos continuar derechamente nuestro camino: que á las burlas y los sarcasmos debemos contestar con el silencio de la modestia y con la sonrisa de la caridad; y que si llega el caso de que por semejante motivo se nos haga objeto de la persecucion, debemos alegrarnos y tenernos por bienaventurados. Todo esto y aun mejores cosas me direis, porque tanto seguramente os dicta vuestra sólida piedad y vuestra cristiana ilustracion, y cierto que para pensar de este modo teneis el incontrastable fundamento de la doctrina que enseñó el Hijo de Dios, que predicaron sus apósto-

(1) Sermon 1.º de Epifanía.



les, y que ha seguido constantemente la Iglesia católica, su verdadera esposa.

Discurriendo ahora sobre los mismos principios, yo queria preguntar, no ya á vosotros, mis venerados fieles, sino á ciertos políticos de nuestros dias; ¿las naciones que en su totalidad, como la nuestra, profesan la religion católica, tienen respecto á ella tantas y tan fuertes obligaciones como los particulares? Ellos no se atreverán á negarlo enteramente; mas obligados á explicarse en determinados casos, les oiriais respuestas ambiguas, incoherentes y no rara vez contradictorias. Ellos quieren que la religion se deje al cuidado de Dios solamente; como cuando subsistia en medio de las naciones idólatras, y que las leyes civiles no prevengan ni corrijan eficazmente los ataques que contra ella se dirigen. Quieren que, como se hace en naciones muy diferentes á la nuestra, se permita, ó á lo menos no se prohiba, la introduccion de escritos que minan los cimientos de la creencia, y ridiculizan los ejercicios de la piedad. Quieren que la libertad de dar cada uno á la divinidad el culto que le parezca; libertad que en otras partes, por causas particulares, no solo es útil, sino indispensable; vaya entre nosotros extendiéndose, hasta que veamos (aparte Dios de nuestros años un dia tan funesto) hasta que veamos al frente de una iglesia católica, una sinagoga judaica. Quieren, para decirlo en breve, que la religion se considere como un objeto extraño al fin que deben proponerse los gobiernos, y que éstos se porten con aquella, no con la piedad y reverencia de hijos, sino con la desconfianza y el zelo de rivales. Solo cuando se trata de los bienes que tiene la religion consagrados á la publicacion del Evangelio, al esplendor del culto, al socorro de los pobres y al sustento de los ministros, entonces sí, quieren que los gobiernos vigilen, que las leyes arreglen y que las naciones tengan la propiedad.

Muy fácil es conocer, hermanos míos, que no es este el porte que con su ejemplo enseñaron los Magos ó sabios del oriente, que como representantes, señalados por Dios,

de los pueblos que han sido sacados despues de las tinieblas de la gentilidad, fueron á adorar al Salvador recién nacido. Y con no menor facilidad se advierte que semejante política es un traslado fiel de la conducta pérfida, tenebrosa é hipócrita del rey Herodes, y que si hallara oportunidad, acabaria tal vez, como la de aquel impío, por degollar centenares de inocentes. Si, cristianos, apenas habrá una verdad mas claramente demostrada en la historia, que la de ser la religion el apoyo mas firme de la autoridad, el único freno á que obedecen verdaderamente las pasiones, y el lazo duradero que une las voluntades. Pretender que haya costumbres y decencia pública sin leyes que protejan á la religion, para que ésta en correspondencia las asegure, es trabajar inútilmente; y desprender el orden civil del religioso, es empujar á la sociedad hácia su ruina.

Si los que gobiernan ó dan leyes á una nacion católica, penetrados de estas verdades, dan á la religion el lugar que le corresponde, favorecen las instituciones que eficazmente ayudan á su conservacion y ponen en práctica medios convenientes para que permanezca en su pureza; podrá suceder que los extraños ó los propios, de palabra ó por escrito, digan murmurando, que no conocen el espíritu de esta época, que no siguen lo que ellos llaman la marcha del siglo, que son serviles ó retrógados.....; pero así como los particulares, despreciando las burlas, deben cumplir los deberes religiosos, así del mismo modo, los que representan á las naciones, deben en lo que toca á la religion, desentenderse, á imitacion de los Magos, de todas las consideraciones humanas. ¡Pues qué, hermanos míos, mudarán los hombres de naturaleza por hallarse unidos en sociedad? Dejará por esto de ser la primera y la mas urgente de sus obligaciones servir y obedecer á su Criador? ¡O los que gobiernan á los pueblos disfrutan algunos privilegios en esta materia? *Reyes del mundo*, dice el santo rey y profeta David, (1) *vosotros que estáis es-*

(1) Salmo 2. ° v. 10 y siguientes.



*tablecidos para administrar justicia á los pueblos, tened entendido todo lo que vosotros mismos debéis al Señor, servidle con temor, y regocijao en él poseidos siempre de un temblor santo. Someteos á sus justas leyes, no sea que al fin se enoje contra vosotros, y os cierre para siempre el camino de la verdad y de la justicia.*

Pero los que dan leyes deben respetar en ellas la libertad. Mas qué, ¡la tienen acaso justa y espedita los pueblos para separarse de la verdadera religion, que ya conocieron y abrazaron? No, porque la religion revelada es la declaracion que tiene hecha el Altísimo del modo con que quiere ser adorado y servido por los hombres, y la publicacion suficiente del evangelio, es la promulgacion solemne de esta voluntad, cuyo cumplimiento es mas obligatorio que todas las leyes de los hombres. Se exige, y debe exigirse á los pueblos, que obedezcan á las leyes civiles con las debidas circunstancias dadas y promulgadas, sin que se crea con esto atacada ó desconocida la libertad natural. ¡Pues por qué inconsecuencia, tan desatinada como impia, se invoca esa misma libertad cuando se trata de la obediencia que todos, superiores y súbditos, particulares y pueblos, deben á los preceptos divinos que constituyen la religion?

La desgracia es, mis venerados fieles, que algunos de nuestros modernos políticos, equivocando las ideas mas sencillas, tsastornando las mas obvias, y oscureciendo las mas claras, juzgan ó por lo menos se explican como si juzgaran, que los pueblos dispensan un singular favor á la religion católica con profesarla, y que si para su conservacion ó su aumento se empleare algun cuidado, ó se dictaren algunas providencias, todo no será mas que pura gracia. De aquí la decision con que demandan y exigen, en lugar de pedir, á los que gobiernan la Iglesia, esenciones y privilegios extraordinarios. De aquí la negligencia con que miran la extirpacion de ciertos abusos que la religion condena, y la proteccion de ciertos derechos que en su nombre se reclaman. De aquí la mezquindad con que se portan, si se trata de gastos necesarios ó

convenientes en cosas que pertenecen al culto. Sin duda que semejantes hombres, avisados por una estrella como los príncipes de oriente, no se habrian movido de sus casas para ir á adorar al Salvador, ni mucho menos habrian abierto sus cofres para ofrecerle presentes. Habrian esperado la embajada de un ángel, y aun á éste quizá, le habrian puesto condiciones ó exigido seguridades. ¡Oh! ciegos y carnales como los judíos, que no conocen el precio inestimable de la vocacion divina! ¡No saben que entre todos los beneficios que puede Dios hacer á una nacion, el mayor es el de agregarla al rebaño feliz de la Iglesia católica! Esta esposa sin mancha del cordero que borra los pecados del mundo, se llena de alegría cuando recibe en su seno á los pueblos, y aun los llama con diligente empeño por cuantos medios halla, y no perdona esfuerzos para conservarlos en su comunión. ¡Y cuál es, cristianos, el interés que á obrar de esta manera le estimula? Es el mismo que mueve á una matrona rica y generosa á buscar y recoger á un huérfano quien ha recibido un favor, quien debe agradecer, y quien ha contraido obligaciones? Huérfana era la nacion á que pertenecemos (como lo fueron en los antiguos tiempos todas las que al presente son católicas) y huérfana infeliz, bajo la tutela de una idolatría bárbara y sanguinaria, vivía entre las tinieblas y tenia hecho su asiento entre las sombras de la muerte. La religion le envió sus predicadores, dispó sus tinieblas, le alumbró con la pura luz del evangelio, suavizó sus costumbres, le dió pastores que la dirigiesen, la acogió en su gremio, y le comunicó todos los consuelos de la vida presente, y todas las esperanzas para la futura, que forman la única verdadera felicidad que puede hallarse sobre la tierra. Y al recibir todos estos bienes ¿hizo un favor ó los recibió la nacion? Las leyes que se dicten, ó el cuidado que se emplee para conservarlos, serán una gracia que se dispense, ó serán una obligacion



que se cumpla? Obligacion, cristianos, porque los legisladores y gobiernos de las naciones católicas, aunque dirijan inmediatamente sus cuidados al bien temporal de los pueblos, deben tener presente, que el Señor por boca de David (1) califica de hombres extraviados, é hijos de tinieblas, á los que únicamente constituyen la felicidad de un pueblo en la multitud y riqueza de sus habitantes, en la fertilidad de sus campos y abundancia de sus ganados, y en el sosiego y fortificacion de sus ciudades, y declara que aquel debe tenerse por un pueblo realmente bienaventurado, que le dá á Dios el culto que es debido, esto es, que profesa la religion verdadera. Si es, pues, entre todos los bienes que puede disfrutar el hombre, el mayor y mas estimable, la religion, claro está que á ella, á su conservacion y á su pureza deben subordinarse todos los respetos y consideraciones humanas, y todos los bienes y esperanzas temporales. Claro es que si llegara el caso de que para lograr alguna ventaja, escusar algun disgusto, ó librarnos de algun mal, fuese necesario poner en riesgo la religion, ó permitir alguna mancha en su pureza; ni los particulares, ni los gobiernos, ni los legisladores debian vacilar, y ningun detrimento debía parecerles grave, con tal que conservasen intacto el sagrado depósito de la religion católica, á la cual está vinculada la perfecta y eterna felicidad.

Estas importantes verdades que el misterio de hoy nos recuerda, son, dignos funcionarios (2) que comenzaís á ejercer vuestros honrosos cargos, las que creo merecen mas justamente ser recomendadas á vuestra consideracion. Como el pueblo, por cuyos votos ocupais esos puestos, espera de vosotros, como buenos ciudadanos, servicios muy interesantes á su sosiego, á su comodidad y á su bien arreglada policia, tambien la religion que presidió á vuestros juramentos, espera de vosotros como fieles católicos, una cooperacion muy eficaz para su conserva-

(1) Salmo 143, v. 12 y siguientes.

(2) En ese tiempo asistian las autoridades á las funciones religiosas.

cion, su aumento y su decoro. La paz de las familias, la correccion de los escándalos, la educacion de la juventud, y aun la limpieza y aseo de la ciudad, si se procuran por vosotros para el progreso de la civilizacion, os hará acreedores á las alabanzas y al reconocimiento de vuestros compatriotas; y esos mismos objetos promovidos empeñosamente para que las costumbres se arreglen, y florezca el espíritu de la religion, os merecerán las bendiciones y los premios del Señor.

Que así se verifique os pedimos humildemente ¡oh Dios Todopoderoso! que por nuestra salvacion os hicisteis niño, y á quien postrados adoramos uniéndonos en espíritu y en verdad con los sábios principes del oriente. Seais mil veces bendito porque, como á ellos, nos llamasteis á vuestro conocimiento y nos hicisteis nacer en un pueblo que profesa la verdadera religion. No permitais, os lo rogamos por el amor que teneis á vuestra purísima Madre, no permitais que seamos nunca ingratos á tan señalado beneficio, y dadnos una fe tan decidida y constante, que estemos prontos á perderlo todo, antes que permitir que se pierda ó se manche esta religion santa en que nacimos; esta religion en que vivimos y que es nuestro único verdadero consuelo enmedio de tantas aflicciones; esta religion en cuyos brazos queremos exhalar el último suspiro, porque así esperamos lograr la eterna bienaventuranza. Así sea. (1)

(1) Publicado en la imprenta de Castellero con aprobacion de la Mitra.